

A continuación encontrarás una muestra del libro  
«Pensé que esto me haría feliz» de la autora Chelsea  
Damon.

Puedes adquirir el libro aquí:  
[https://www.editorialunilit.com/pense-que-esto-me-haria-  
feliz](https://www.editorialunilit.com/pense-que-esto-me-haria-feliz)

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros  
por el correo [info@editorialunilit.com](mailto:info@editorialunilit.com)



**PENSÉ  
QUE  
ESTO  
ME HARÍA  
FELIZ**

**CÓMO PELEAR MENOS, PERDONAR MÁS RÁPIDO  
Y CULTIVAR LA ALEGRÍA EN EL MATRIMONIO**

**CHELSEA DAMON**

# Contenido

Una invitación a cambiar . . . . .	1
------------------------------------	---

## PRIMERA PARTE: DESHIERBA Y SIEMBRA

1. Conoce tu tesoro . . . . .	9
2. La raíz del egoísmo . . . . .	23
3. Nunca lo haría . . . . .	41
4. Cuando surge el enojo . . . . .	57
<b>Profundicemos: Cultiva el corazón.</b> . . . . .	69

## SEGUNDA PARTE: LLUVIAS DE GRACIA

5. Perdón costoso . . . . .	79
6. Conocer y ser conocidos . . . . .	97
7. El misterio del matrimonio . . . . .	109
8. La humildad que sana . . . . .	123
<b>Profundicemos: Cultiva hábitos de gracia</b> . . . . .	137

## TERCERA PARTE: EXTIENDE LAS RAMAS

9. Echa raíces . . . . .	149
10. El significado del sufrimiento . . . . .	165
11. El gozo que sobreabunda . . . . .	185
12. Vive con las manos abiertas . . . . .	201
<b>Profundicemos: Cultiva raíces profundas y ramas anchas</b> . . . . .	213
Continúa por el camino del gozo . . . . .	219

<i>Reconocimientos</i> . . . . .	223
----------------------------------	-----

<i>Acerca de la Autora</i> . . . . .	225
--------------------------------------	-----

# Una invitación a cambiar



e niña, en la iglesia, era común que los líderes de jóvenes exhortaran a las chicas adolescentes a escribir una lista de las cosas que querían en un esposo. Creo que la idea detrás de la lista era que pensáramos en las virtudes que queríamos ver en un compañero para no conformarnos con algo menor que nuestra bien definida lista de factores decisivos. Esta fue mi primera lista:

- Que ame a Jesús
- Que quiera seis hijos
- Que sepa cocinar
- Que sea bondadoso

Bueno, mi lista cambió bastante con el correr de los años. En especial, la cantidad de hijos que quería. Una vez, mi lista se llevó toda una página, y oré por esto en fe, sabiendo que a Dios no le agradaría nada más que presentarme al hombre creado para mí en el momento (muy pronto) perfecto.

Avancemos con rapidez hasta mi primera cita con Josh, tomando café a altas horas de la noche en una cafetería a un paso

## Pensé que esto me haría feliz

del campus de nuestra universidad. En ese momento, *él* estaba en mi lista. Todo lo que era y no estaba en la lista, ahora se añadía de manera oficial. Todo lo que le faltaba y que la lista pedía, ahora eran solo añadiduras opcionales, pero no un factor decisivo. Sabía que tenía sus defectos, pero si tenía solo algunos de mis no negociables (que ame a Jesús, sea bondadoso y trabajador), confiaba que el resto de la lista se solucionaría solo.

Le damos de nuevo al botón de avance, al presente. *¡Se solucionó!* Josh y yo celebramos hace poco once años de casados, y somos más felices ahora que en ningún otro momento en nuestra relación. A decir verdad, es una emoción maravillosa. Sin embargo, tuvimos que trabajar mucho, y muchas parejas como la nuestra no llegan aquí. Es más, es casi siempre *poco común* que una pareja llegue a diez años o más, mucho menos que sean felices. Las estadísticas muestran que las tasas de divorcio son más altas entre los cinco y ocho años de matrimonio.

Quizá esta misma mañana pensaras: *¿Qué sucedió? Llenó todos los requisitos. ¿Por qué no hay gozo, no hay amistad en nuestro matrimonio? Pensé que esto me haría feliz.*

Si es así como te sientes ahora en tu relación, tengo buenas y malas noticias para ti. La buena noticia es que casi todas las parejas se sienten así en alguno u otro punto en su relación, lo que significa que están lejos de estar solas. ¿La mala noticia? La relación no mejorará por sí misma. Es más, lo más probable es que empeore; es decir, a menos que decidan iniciar un cambio.

Quizá pienses: *¿Por qué soy yo quien necesita hacer ese cambio? No soy la causa de la mayoría de nuestros problemas.* Aunque eso sea verdad, tienes este libro en tus manos porque te preocupa tu matrimonio. Tomaste los binoculares mentales y miraste hacia el camino por donde vas y no te gusta hacia el lugar que te lleva. Lo

que significa que tanto tú como tu cónyuge necesitan cambiar si quieren que el matrimonio cambie. Y cuando reconocen lo que tiene que cambiar y actúan, habrán salido del camino actual hacia otro que tiene un futuro mucho más brillante.

Cristo diseñó el matrimonio como un cuadro de su inquebrantable amor por nosotros. Y sí, a veces somos un cuadro muy imperfecto, como una foto llena de polvo que encuentras escondida en un baúl de trastes en una tienda de antigüedades. En cambio, con gracia y perseverancia, tu matrimonio puede vencer tanto tus faltas como las de tu cónyuge, y las pruebas por las que estén atravesando. Puedes rescatar tu relación del baúl de los trastes, soplar el polvo y darle brillo para poder revelar una vez más su diseño y propósito original.


Hoy en día, Josh y yo podemos *sentir* la diferencia en nuestro matrimonio. Y quiero que sepas que tu cónyuge y tú pueden lograrlo también. Sí, *es* posible. No fue fácil para nosotros, y no te puedo prometer que será fácil para ustedes. A pesar de eso, sé que vale la pena. Mientras lees las páginas que siguen, le pido a Dios que haga de sus corazones un terreno suave, listo para recibir su palabra. Y oro para que lo que crezca de su disposición para iniciar el cambio sea un matrimonio profundamente arraigado y dinámico que, como un girasol que persigue la luz del sol, apunte sin cesar a Cristo. Sí, es posible lograr un matrimonio renovado del que emane vida, y te invito a dar el primer paso hacia el cambio.

PRIMERA PARTE

**DESHIERBA**

**Y**

**SIEMBRA**

 Para que pueda ocurrir el cambio en un matrimonio, tenemos antes que deshierbar el terreno y sembrar, tanto en nuestra propia vida como en la relación. Esto requiere mirar con cuidado para ver lo que ha crecido mientras no prestábamos atención. Pueden emerger algunas cosas buenas y productivas, como la camaradería, la amabilidad y la confianza. Aun así, junto con estas cosas buenas también pueden venir otras no deseadas, como el resentimiento, el orgullo y el egoísmo. Una vez que vemos lo que hemos dejado crecer, podemos eliminar esas malas hierbas que no queremos y cultivar lo que queremos en nuestro matrimonio: nuevas virtudes que nos unan basadas en la gracia, la unidad y el gozo.

Deshierbar el terreno requiere dar un paso atrás de todo patrón destructivo y humillarnos ante Dios. Cuando violamos la voluntad de Dios, debemos acercarnos a Él con un corazón arrepentido. También es importante reconocer que, ante Dios, no somos mejores que nuestro cónyuge, que ambos somos personas quebrantadas y necesitadas de perdón. Este reconocimiento requiere humildad, transparencia y estar dispuestos a reconocer que hemos pecado contra nuestro cónyuge y contra Dios.

Imagínate el cambio positivo que puede resultar si le permitimos a Dios que le hable con libertad a nuestra vida, que nos corrija y nos dé la sabiduría para restaurar nuestro matrimonio. Si esta fuera nuestra respuesta por defecto cuando las cosas se dificultan, de seguro que nuestro matrimonio mejoraría.

Lo lamentable es que nuestra respuesta predeterminada tiende a ser una reacción rápida a lo que nuestro cónyuge hizo y una presunción orgullosa de que nuestras acciones son claramente una respuesta a sus acciones. O podemos retraernos de forma automática; tratamos de mantener la paz evitando confrontar nuestras preocupaciones con nuestro cónyuge o minimizando las preocupaciones de nuestro cónyuge por nosotros.

¿Cuánto mejor no sería si nuestra respuesta automática fuera pedir la dirección de Dios, responder en amor y hacer lo apropiado, sin importar cómo nos sentimos en ese momento? Esto requiere que le demos prioridad a nuestra obediencia a Dios por encima de nuestras emociones, lo cual, por su parte, requiere madurez y dominio propio. También requiere una mentalidad centrada en otros, como nos lo ejemplificó la vida de Cristo. En vez de condenarnos por nuestras faltas y errores, Él decidió amarnos y morir por nosotros, haciendo el sacrificio supremo, a fin de que podamos tener comunión con Él y con el Padre.

Podemos ser ejemplo de esto para nuestro cónyuge y hacer el sacrificio de ser obedientes al Padre, amar a nuestro cónyuge con palabras y acciones, y disfrutar una amistad profunda que personifique lo que debe ser el matrimonio. Al final, cuando buscamos el rostro de Dios, alineamos nuestro corazón al suyo, nos acercamos a propósito a nuestro cónyuge con sabiduría, gracia y amor, creamos una atmósfera relacional donde la paz y la unidad que anhelamos puede convertirse en una gozosa realidad.

Cuando leas los capítulos en la primera parte, te invito a que mires tu propio corazón con los ojos bien abiertos, a que te pongas lentes de rayos X y busques los motivos, valores y temores que impulsan tus acciones y reacciones. Veremos cómo el pecado se cuele en nuestra vida por la idolatría, el


## Primera parte: Deshierba y siembra

egoísmo, el orgullo y la ira, y cómo estas cosas pueden afectar nuestro propio corazón y nuestra relación diaria con nuestro cónyuge. Consideraremos los síntomas visibles del pecado que aparecen en el matrimonio y miraremos las razones que existen de manera más profunda, lo destructivas que son, y cómo las podemos mitigar en el futuro.

Antes de lanzarte, pídele a Dios un corazón humilde y que te ayude a verte como Él te ve, con una sinceridad desnuda, pero con un amor implacable. Aun cuando parece que todo lo que va mal en tu matrimonio es culpa de tu cónyuge, te animo a que pongas a un lado esa idea por ahora. El objetivo no es aprender a identificar mejor el pecado en la vida de tu cónyuge, sino trabajar primero en tu propio corazón. Al buscar arrepentirte del pecado y acercarte a Cristo, deshieras el terreno y siembras para edificar una relación redentora con tu cónyuge.

## CAPÍTULO 1

# Conoce tu tesoro

ientras crecía, nunca hubo un momento cuando no tuve una persona, una relación en la que podía confiar para sentirme segura e identificada. De niña, era mi hermano gemelo. Lo hacíamos todo juntos, la escuela, las fiestas de cumpleaños; hasta dormíamos en la misma cama. Cuando fui mayor, mi persona era mi mejor amiga, con quien típicamente pasaba los fines de semana. Más o menos durante ese tiempo, los novios entraron en el cuadro. Y si un novio y yo nos peleábamos, volvía corriendo a mi mejor amiga y continuábamos donde lo habíamos dejado.

Era inconcebible la idea de *no* tener a esa persona, alguien que me aceptara sí o sí. Me aterraba considerar siquiera la idea de estar sola sin, por lo menos, alguien a quien textear: «Buenas noches».

Como te puedes imaginar, esta dinámica relacional hizo que la idea del matrimonio fuera muy deseable para mí. Me encantaba la idea de estar unida por completo a alguien que no solo nunca me dejaría, sino que nunca quisiera hacerlo. Alguien que

## Primera parte: Deshierba y siembra

no solo conociera mis faltas, sino que las aceptara, o por lo menos pensara que eran graciosas.

Por años, soñé con el día que esa persona y yo nos uniéramos en amor y conquistáramos al mundo juntos. A la larga, el día llegó. Josh y yo estábamos de pie frente a un grupo pequeño de amigos y familiares en una de las pocas playas arenosas del estado de Washington y expresamos nuestras promesas mientras temblábamos de frío por el viento.

Quince meses más tarde, y todavía estábamos en la universidad, cuidando de un bebé, trabajando en empleos que malamente nos permitían llegar a fin de mes, tratando de sobrellevar la vida. Entonces, comencé a cuestionar por qué las cosas no se sentían bien. Había encontrado a mi persona; habíamos hecho promesas; y de verdad que nos amábamos. *¿Por qué era tan difícil nuestra relación? ¿Por qué no sentíamos que éramos un equipo? ¿Qué faltaba?*

Por meses luché con estas preguntas cuando por fin llegué a un punto crucial. Estaba sola, de pie en la cocina una noche y Josh estaba en el cuarto. Habíamos discutido acerca del poco dinero que teníamos, de manera específica acerca de la diferencia entre gastar de manera razonable y malgastar. En esa época, comprar una bolsa de tortillas de maíz era malgastar. Para evitar una pelea, compraba una bolsa nueva y la escondía en algún lugar para rellenar la bolsa vieja. Tiempos de desesperación exigen medidas desesperadas.

Josh estaba estresado, y su estrés se reflejaba sobre todo en discursos acerca de gastar, que se convertían en peleas cada vez que llegaba del mercado con más de tres bolsas en el maletero del auto. Sin embargo, ambos sabíamos que era más que eso.

Quedé embarazada de nuestro hijo solo seis meses después de la boda. Yo, con mi mentalidad típica de «las cosas se resolverán», estaba emocionada por traer al mundo esta combinación

de Josh y yo con cachetes gorditos. Aun así, reprimí la emoción cuando sentí la carga de Josh salir de su cuerpo como un sudor frío, lo cual era frecuente.

Nunca lo culpé por sentirse de esa manera. No es que no quisiera hijos, solo que no había pensado convertirse en padre y tener que mantener una familia de tres poco después de un año de matrimonio.

Esa noche, mientras el bebé dormía y Josh se preparaba para la cama, yo estaba en la cocina oscura, con los pies pegados a la losa fría del piso, sintiéndome sola de verdad. Fue en el silencio de esa noche de desasosiego que tomé una decisión. No más circunstancias manipuladoras. No más depender de otros para que mi vida sea lo que quería que fuera. De todas formas, nada de eso ayudó jamás.

Me di cuenta de que no podía presionar a Josh a que fuera todo lo que yo necesitaba. Que llenara mis inseguridades. Que me protegiera y no me dejara sentir que necesitaba salir de mi zona de comodidad; algo que había hecho con todas mis mejores amigas y mis novios hasta entonces. Josh y yo todavía éramos un equipo, pero en lo que tenía que ver con mi dependencia de él, no había presión.

«Somos solo tú y yo ahora», le dije a Dios con los brazos cruzados y mirando a los armarios de la cocina. «No sé cómo, pero voy a comenzar estando satisfecha con tenerte a ti. No necesito llenar mi vida con gente y cosas para sentirme segura y amada. Estar contigo es más que suficiente».

Sentí la dulce presencia de Dios que me decía: «Bien. Ahora hagámoslo a mi manera. Sé que notarás la diferencia». Y en ese momento, me sentí libre y ligera, como si un gran peso se hubiera caído de mis hombros. Sabía que esto era lo que Dios siempre quiso de mí y, ahora, quizá por primera vez,

ya no luchaba. Ya no decía: *Sí, Dios es todo*, mientras que detrás del telón trabajaba para que mis seres amados nunca se fueran, que mi futuro estuviera asegurado y que nunca estuviera sola.

Fue un momento decisivo, pero esto no significó que la lucha había terminado. Es más, ese fue solo el principio de una jornada larga de aprendizaje y dependencia de Dios. Sin embargo, en vez de sentirme intimidada, estaba emocionada. Esto me sorprendió debido a que la idea de entregarle a Dios mis planes y esperanzas con manos abiertas todavía me daba temor. *¿Y si el futuro que Él quería para mí no incluía las cosas que siempre he querido? ¿Y qué significa siquiera recibir mi satisfacción de Cristo en vez de esperar ser satisfecha por otros?*

Todo me parecía incierto y desconocido, pues estaba entregando mi derecho de manipular las relaciones y las circunstancias para obtener lo que quería. Y sabía que hacer esos cambios en la vida real diaria requeriría mucha humildad y práctica. No obstante, tenía la esperanza de que al darme permiso para disfrutar a Cristo, para atesorarlo por encima de todo lo demás, también aprendería a encontrar gozo en tantas otras cosas y personas sobre las que no tenía control. Y una de esas era mi esposo.

Para entonces, muchas de mis amistades estaban en el mismo barco donde yo había estado antes de casarme con Josh, buscando a esa persona o a esa cosa que les traería satisfacción. Algunos tuvieron varias relaciones, pensando que cada persona era justo lo que buscaban hasta que, después de un tiempo, la ilusión comenzaba a desvanecerse y se daban cuenta de que no habían encontrado a su persona después de todo. Lo que una vez pensaron que era su tesoro, de pronto se convirtió en un obstáculo o un desvío. Entonces sentían la ansiedad adicional de preocuparse debido a que su búsqueda de la felicidad y la

realización se desvanecía con más rapidez que el día anterior. Así que comenzaban a salir en citas casi en modo de pánico, tratando de encontrar a su persona antes de que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, ¿qué tal si, al igual que yo, tú ya encontraste a tu persona hace tiempo y te acabas de dar cuenta, o te diste cuenta hace mucho, de que no te ha dado la felicidad ni la satisfacción que esperabas? ¿Qué haces entonces?

Algunos deciden aceptar su suerte, conformándose con una rutina de compañeros de cuarto en la que solo hacen lo suficiente para vivir en armonía con su cónyuge. Esta gente no considera que su matrimonio es algo que pueden disfrutar, pero tampoco es un lugar tan malo para sobrevivir. No discuten mucho con su cónyuge, pero tampoco se ríen mucho con ellos. Otros deciden aprovechar cuanta oportunidad se les presenta para cambiar al cónyuge o la situación. Obsesionados con su propio descontento, se quejan y ofenden. Se amargan hacia su cónyuge, enfocándose en su propio desaliento acerca de quién es su cónyuge (o quién no es), y lo que hace (o no hace) por ellos. En un frenético intento de obtener lo que quieren, confrontan y critican, creyendo que lo que esperan solo lo obtendrán a la fuerza.

Si te puedes relacionar con cualquiera de estos dos escenarios, o quizá ambos, tal vez debas hacerte la misma pregunta que yo tuve que hacerme: *¿He buscado mi tesoro en el lugar equivocado?*

Esa noche en la cocina, por fin reconocí que Josh no debía ser mi tesoro. Era muchas cosas maravillosas: generoso, inteligente, trabajador y apuesto, y por años yo había buscado un tesoro así. Lo que no entendía era que existía un tesoro mucho mejor que un hombre apuesto llegando a casa cada día a las seis de la tarde. Un tesoro eterno que nunca se desvanece, nunca pierde su valor,

nunca necesita ser pulido y nadie me lo puede robar. Y casi le paso por alto por completo.

Encontré mi verdadero tesoro cuando por fin decidí dejar ir lo que pensé que era mi tesoro para aferrarme a la promesa de que Dios solo era suficiente para mí.

## **El verdadero tesoro**

Jesús usó una parábola sencilla para enseñarles a sus seguidores el significado del verdadero tesoro: «El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo descubrió, lo volvió a esconder, y lleno de alegría fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo» (Mateo 13:44).

Cuando encuentras el verdadero tesoro, estás dispuesto a sacrificarte por él, aun cuando parece contrario a la lógica. Y lo que este hombre hizo, a primera vista parecía contrario al sentido común, pues cuando tu objetivo es tener mucho, ¿tiene sentido deshacerte de todo eso por lo que has trabajado de manera tan ardua para ganar? Es probable que los amigos y familiares de este hombre pensarán que estaba loco. Para él, en cambio, el sacrificio era lógico. Es más, es probable que ni siquiera le pareciera un sacrificio, solo estaba mejorando, ¡mejorando mucho!

Cuando el hombre lo vendió todo, tuvo que deshacerse de lo que antes pensó que era su tesoro; se liberó para ganar mucho más. No fue un sacrificio, pues veía que todo lo logrado hasta ahora era solo trastes en comparación con el verdadero tesoro. Eso es lo que sucede cuando nos damos permiso para ver a Jesús por todo lo que es: en comparación, es claro ver lo opaco que es nuestro tesoro terrenal. En realidad, solo es un débil destello de lo que recibimos cuando hacemos de Cristo nuestro mayor

tesoro. Y solo después de darnos cuenta de la riqueza de Cristo, del valor eterno de su perdón, bondad, amor y santidad, podemos empezar de veras a desprendernos de los tesoros por los que una vez luchamos y a los que nos aferramos con tanta fuerza. Cuando nos damos cuenta de las riquezas de Cristo, nos aferramos a Él y decimos: «Si tengo a Cristo, lo tengo todo». Estas son las riquezas a las que el apóstol Pablo se refirió cuando escribió: «Mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19).

Eso no quiere decir que las riquezas terrenales sean malas. Al contrario. Dios diseñó el matrimonio y la familia, y quiere que en ellos encontremos gozo. Sin embargo, cuando esos u otros tesoros terrenales desplazan a Dios como nuestra fuente de seguridad e identidad, se convierten en ídolos. Sabemos que creamos un ídolo cuando valoramos el regalo más que el Dios que creó y nos dio ese regalo. Y esto puede pasar hasta en el matrimonio cuando miramos a nuestro cónyuge y no a Dios como nuestro verdadero tesoro.

En la parábola, es importante notar que Jesús dice que el hombre: «*lleno de alegría* fue y vendió todo lo que tenía» (énfasis añadido). Es como cuando Josh y yo les decimos a los niños que pueden comer helado si recogen sus juguetes. En cualquier otro momento que les pedimos que recojan los juguetes, escuchamos las quejas y protestas. Entonces, ¿qué tal si el helado es parte del negocio? Es: «¡Claro, mamá y papá! ¡No hay problema!». De pronto, recoger los juguetes se convierte en una oportunidad más que en un deber. Hasta se emocionan porque saben que valdrá la pena. Al terminar, el helado estará esperándolos.

Creo que Jesús describe algo parecido. Era necesario un poco de trabajo. El hombre tenía que deshacerse de todo lo que tenía. Aun así, también sabía que valdría la pena. *Valdría mucho*

## Primera parte: Deshierba y siembra

la pena. Y esa es la promesa que Jesús nos hace: que podemos tener gozo aun cuando hacemos la dura tarea de deshacernos de nuestros tesoros más pequeños, debido a que Él vale la pena.

Lo que me parece interesante es el breve período durante el cual el hombre no tuvo nada. Entre el momento cuando lo vendió todo y el momento cuando compró el campo, no tenía nada. Durante ese tiempo intermedio, puso toda su fe en el tesoro que *tendría*. Y eso fue más que suficiente para mantener su gozo.

Necesitamos recordar esto cuando entramos en nuestro propio tiempo intermedio desde que cambiamos los tesoros terrenales por el verdadero tesoro. Es posible que pasemos por un período de espera, pero también sabemos que el tesoro en el campo, que es la promesa de vida eterna con Cristo, es nuestro. Aun si no podemos experimentar la plenitud de ese tesoro mientras estamos en la tierra, podemos elegir vivir en la plenitud de gozo.

Quizá te preguntes: *Entonces, ¿cómo sé si algo es un ídolo en mi vida y no solo estoy disfrutando de un buen regalo?* Aquí tienes una pregunta para comenzar: ¿Cómo responderías y te sentirías si perdieras ese regalo algún día? Por ejemplo, digamos que tu tesoro es la seguridad. Bien, esto puede tomar muchas formas. Para mi versión más joven, la seguridad era encontrar un esposo. Para otros, la seguridad puede ser un empleo bien pagado, los elogios y la aceptación, o una buena jubilación. Sea lo que sea para ti, ¿cómo te sentirías si mañana, por cualquier motivo, ya no lo tienes?

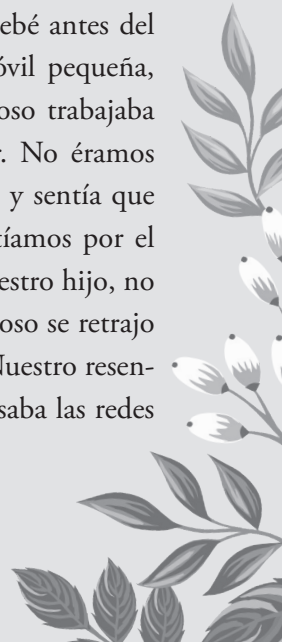
Por supuesto, perder cualquier tesoro terrenal sería doloroso y difícil de soportar. Jesús nunca nos pide que seamos apáticos acerca de nuestras relaciones, o de proveer para nosotros o nuestra familia. En cambio, no existe empleo ni plan de jubilación que nos pueda salvar, y ningún ser humano está aquí para siempre. Y si perder alguna de estas cosas te hace perderte a ti mismo, sentir que sin

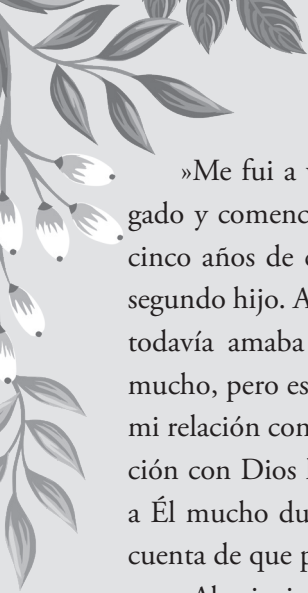
ellas no tienes identidad ni propósito, puedes estar aferrándote a un ídolo como sentido falso de seguridad en vez de gozar de un buen regalo. Eso fue lo que yo hice cuando convertí en mi tesoro a esa persona: mi hermano, mi mejor amiga, un novio y hasta mi esposo.

Si al igual que yo has esperado que tu matrimonio y tu cónyuge fueran tu fuente suprema y constante de felicidad y satisfacción, y piensas: *Sabía que el matrimonio sería difícil a veces, pero nunca pensé que fuera tan difícil*, tengo buenas noticias para ti. No tienes que empezar de nuevo con alguien nuevo para encontrar lo que buscas. Y arreglar a tu cónyuge, aun si fuera posible, no es la respuesta. El punto de partida es la búsqueda de un tesoro, una que tiene lugar en tu propio corazón.

### La historia de Savannah de entregar un ídolo

«Mi esposo y yo teníamos solo diecinueve años cuando nos casamos y comenzamos a tener hijos. Éramos muy jóvenes y no teníamos idea de lo que hacíamos. Yo perdí un embarazo y luego di a luz a nuestro primer bebé antes del primer aniversario. Vivíamos en una casa móvil pequeña, yo estaba todavía en la universidad y mi esposo trabajaba largas horas como leñador. Era sobrecogedor. No éramos despreocupados como cuando éramos novios, y sentía que había mucha distancia entre nosotros. Discutíamos por el dinero, y cuando se trataba de disciplinar a nuestro hijo, no veíamos las cosas de la misma manera. Mi esposo se retrajo de manera emocional, y yo de manera física. Nuestro resentimiento creció y, a la larga, descubrí que él usaba las redes sociales para hablar con otras mujeres.





»Me fui a vivir con mis padres, me reuní con un abogado y comencé el proceso de divorcio. Ya llevábamos casi cinco años de casados, y yo estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Aun después de todo lo que habíamos pasado, todavía amaba a mi esposo y no quería dejarlo ir. Sufrí mucho, pero esta fue la situación que cambió por completo mi relación con Dios. Aunque crecí como cristiana, mi relación con Dios hasta entonces había sido superficial. Clamé a Él mucho durante este tiempo, y por primera vez me di cuenta de que podía oír que me contestaba.

»Al principio, sentí que me decía que había convertido a mi esposo en un ídolo. Necesitaba renunciar a él y dejar que Dios me bastara. Por fin llegué al punto en el que me sentí lista para dejarlo ir y confiar solo en Dios. Fue una decisión difícil, pero hermosa. Una vez que mi esposo dejó de ser un ídolo, sentí que Dios me decía que, después de todo, podía quedarme con él. Me sentí como debió sentirse Abraham cuando se disponía a sacrificar a su hijo Isaac, pero lo detuvieron en el último momento.

»Cuando mi esposo y yo decidimos comenzar a trabajar en nuestro matrimonio, las discusiones cambiaron de gritos, lanzar cosas y decirnos palabras hirientes a conversaciones calmadas. Ya no le negué la intimidad como arma o castigo, y mi esposo y yo nos acercamos más en lo emocional. Desde entonces, mi relación con Dios ha crecido mucho, y Él me ha enseñado a ser mejor esposa. Es maravilloso lo que Dios puede hacer cuando le entregamos nuestros ídolos».

## Tesoros en el cielo

A menudo, Jesús enseñó lo fugaces que son los tesoros terrenales cuando los comparamos con los tesoros que nos esperan en el cielo.

No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. (Mateo 6:19-21)

Necesitamos amar y estimar a nuestro cónyuge, pero debemos protegernos de hacerle nuestro tesoro supremo. Amar a nuestro cónyuge y querer seguridad y felicidad no son deseos pecaminosos. En cambio, sin la dirección de Cristo para ponerlos en la debida perspectiva, nos arriesgamos a poner a nuestro cónyuge en un pedestal y darle una influencia sobre nuestra vida que no le pertenece. Eso se debe a que nuestro tesoro, sea cual sea, puede convertirse en nuestra principal fuente de identidad, significado y seguridad. Puede ser lo que nos impulsa y nos motiva. Y poner todo eso sobre otro ser humano es demasiado. Como una planta que se marchita cuando le echamos demasiada agua, podemos agobiar a las cosas y a las personas que amamos si las hacemos nuestro supremo tesoro y nos aferramos demasiado a ellas. En su lugar, Cristo dijo que nos casáramos y amáramos a nuestro cónyuge. Sin embargo, dejemos que Cristo sea el fundamento para amarle bien, amándolo a Él sobre todas las cosas.

## Primera parte: Deshierba y siembra

Me gusta cómo lo expresó C. S. Lewis en una cita que enmarcamos y colgamos en la pared de la escalera de nuestra casa:

Cuando haya aprendido a amar a Dios más que a mis seres más queridos, los amaré más de lo que los amo ahora. En la medida en que aprenda a amar a mis seres queridos a expensas de Dios, y *en lugar de Dios*, me acercaré al estado en el que no amaré en absoluto a mis seres queridos. Cuando lo primero se prioriza, lo segundo no se suprime, sino que se acrecienta<sup>1</sup>.

Ningún ser humano, ni siquiera un cónyuge, está destinado a satisfacer a plenitud los anhelos más profundos de nuestro corazón. Así que emprende una búsqueda de tesoros y analiza con atención lo que más te importa. Considera lo que influye de veras en tus decisiones diarias: cómo inviertes tu tiempo y tus recursos, cómo ves y tratas a tu cónyuge, e incluso los pensamientos que ocupan tu mente a lo largo del día. Debajo de todo esto se encuentra tu bien máspreciado, el tesoro que domina tu corazón. Y Dios te invita a entregarlo, sea lo que sea, a fin de que puedas amarlo más.

---

1. Walter Hooper, ed., *The Collected Letter of C. S. Lewis: Narnia, Cambridge, Joy 1950-1963*, vol. 3, HarperCollins, Nueva York, 2007, p. 247, cursivas en el original.

# Reflexión

- Cuando crecías, ¿de qué dependías más para tu sentido de seguridad e identidad? Por ejemplo, era una persona, un lugar o algo que disfrutabas o te era fácil hacer? De adulto, ¿cómo continúas dependiendo de esto, sea lo que sea, para sentir seguridad e identidad?
- El verdadero tesoro es algo por lo que estamos dispuestos a hacer sacrificios, aun cuando parezca contrario al sentido común. ¿Qué revelan acerca de tu verdadero tesoro los sacrificios que hiciste hace poco o en el pasado?
- ¿Cómo te desafía la parábola de Jesús acerca del tesoro en el campo? ¿Cómo te anima?
- Mira hacia adelante, a lo que harán tú y tu cónyuge en las próximas veinticuatro horas. En esos momentos, ¿cómo sería en términos prácticos amar más a tu cónyuge amando más a Dios, como lo describió C. S. Lewis?

# Oración

Pídele a Dios que:

- examine tu corazón y te ayude a identificar los deseos sin realizar que se han convertido en expectativas incumplidas o fuentes de resentimiento en tu matrimonio. Entrégale a Dios esos deseos como reconocimiento de que quieres que Él solo sea tu mayor tesoro.
- te perdone por permitir que tu cónyuge, o cualquier expectativa que tengas de su persona, desplace a Dios como tu verdadero tesoro.
- te revele su riqueza, de modo que pueda ser de veras el mayor tesoro en tu vida.